

“Viéndome pequeña estoy en mi centro, porque veo lo que hace Dios en mí y en mis cosas: Eso es lo que quiero. Un corazón universal disponible para todo, para todos, siempre”.
(Sta. Rafaela María)



LECTURA DEL EVANGELIO: LA PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO (Lc. 15, 1-3.11-32)

La plenitud de la alegría es lo que nos propone la Iglesia este cuarto domingo de Cuaresma, para que podamos experimentar con el perdón de Dios el don anticipado de la Pascua que pronto celebraremos: que en Cristo Resucitado somos criaturas nuevas. Para ello contamos con la parábola del Hijo Pródigo. El Padre, auténtico protagonista, refleja la imagen del Dios amor que Jesús nos revela: respeto, generosidad, paciencia, esperanza, ternura, alegría desbordante, capacidad infinita de perdón. Para el Padre, tanto los que “cumplen” como los “díscolos” que se alejan y malgastan, se sientan en su mesa y participan de su fiesta, porque son sus hijos. Su misericordia le impulsa a poner en marcha su inmenso amor mostrando su verdad más profunda en gestos y obras de acogida, perdón y rehabilitación del hijo desahuciado, que culmina con la gran fiesta plena de la alegría. Dios ama sin condiciones, su perdón es una rehabilitación total, un devolverle a la persona toda su dignidad.

A raíz de esta parábola, el Papa Francisco nos propone el verbo “Misericordear”. Significa volcar el corazón hacia el otro en situación de miseria y prestarle ayuda adecuada, oportuna y concreta. Es el amor que lleva consigo la valoración y el reconocimiento del otro, independientemente de su procedencia y de su identidad social, étnica, cultural o religiosa. La misericordia es, sobre todo, derroche de gratuidad amorosa desbordante. La misericordia se hace especialmente presente en la debilidad y en el sufrimiento en forma de salvación, liberación y perdón. La misericordia pone en marcha todos los mecanismos espirituales del amor para sacar a la persona sumida en la miseria de su situación. El Dios de Jesús, como el padre de la parábola, es pura misericordia con el ser humano.

PARA ORAR CON EL EVANGELIO

- *Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. ¿Soy de esas personas necesitadas que se acercan a Jesús a escucharle? ¿Con qué actitud me acerco a escucharle?*
- *...el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. ¿En qué situaciones he roto con el Padre? ¿Reconozco los dones que Dios me ha regalado? ¿Alguna vez he malgastado esos dones guardándolos para mí, no poniéndolos al servicio de los demás o haciendo mal uso de ellos?*
- *... y empezó él a pasar necesidad. ¿Cuáles son mis mayores necesidades? Cuando busco a Dios ¿qué pongo delante de Él? ¿Cuáles son mis heridas “no curadas” que tengo que presentar al Señor?*
- *...su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó a cuello y lo cubrió de besos. ¿Cómo experimento el amor y la misericordia del Padre? ¿Me dejó abrazar, perdonar por Él? ¿Tengo experiencia profunda de su cercanía? ¿Cómo tengo que ser “Misericordia” para los demás? ¿Quiénes son las personas y las situaciones que esperan hoy nuestra “salida”? ¿Cómo traduciríamos en gestos actuales el “correr”, “abrazar”, “besar”...?*
- *Y empezaron a celebrar el banquete. Mi experiencia de encuentro con el Señor ¿es una auténtica fiesta? ¿Lo vivo con gozo? ¿Celebro con intensidad y alegría el banquete eucarístico? ¿Qué pasos tengo que seguir dando para vivirlo con mayor profundidad y gozo?*
- *Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido... ¿Soy consciente, en todo momento, de la presencia de Dios en mi vida? ¿Cuáles son los grandes motivos que tengo para alegrarme? ¿Qué cosas descubro que Dios está haciendo en mí? ¿Qué experiencia tengo de hacer míos los gozos, las fatigas, las ilusiones y desesperanzas de los demás? ¿Me alegro del bien de los demás, de “mis hermanos”? ¿Cómo crecer en esta dimensión?*